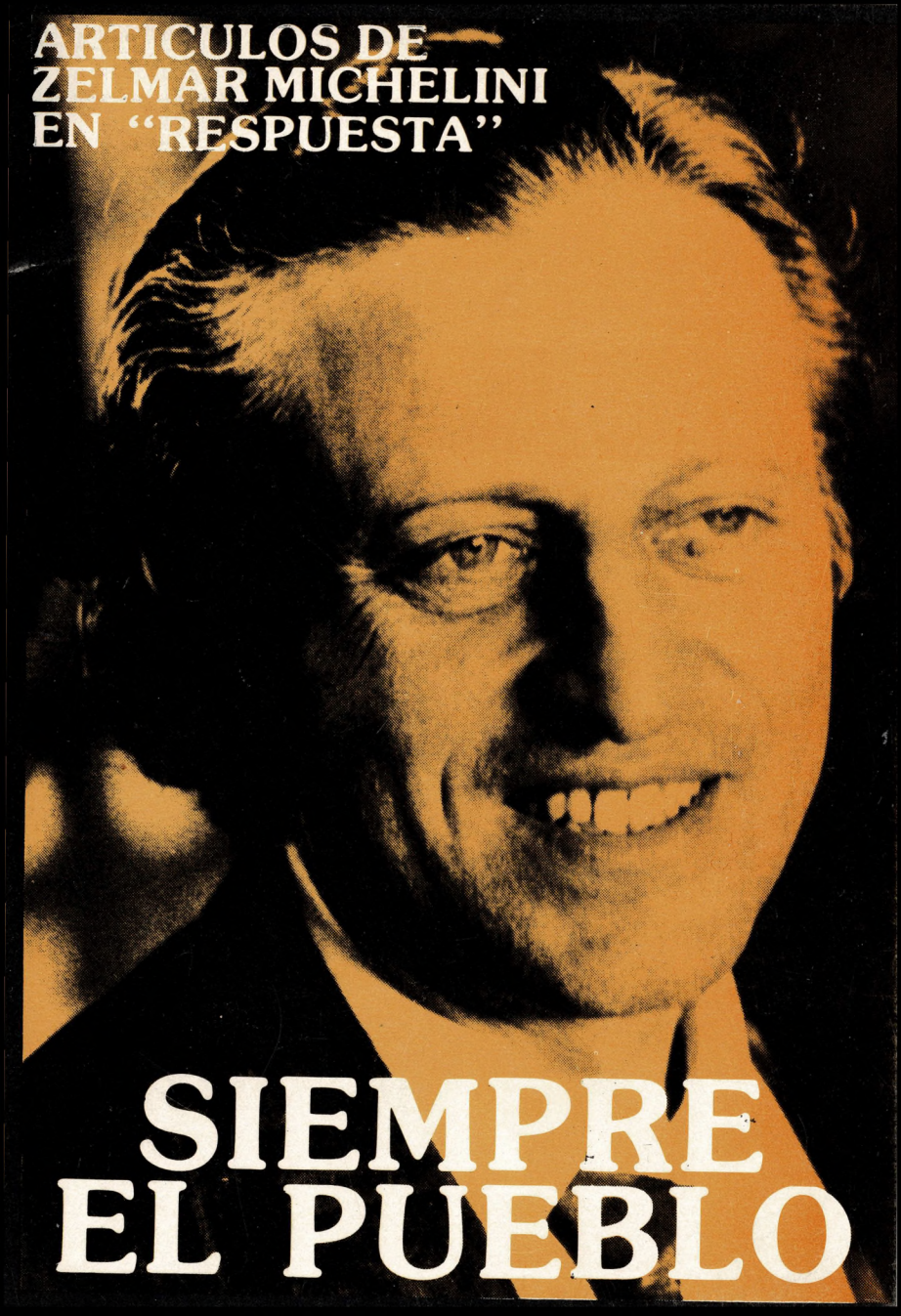


**ARTICULOS DE
ZELMAR MICHELINI
EN "RESPUESTA"**



**SIEMPRE
EL PUEBLO**

SIEMPRE EL PUEBLO

DOCUMENTO POLITICO No. 1

ZELMAR MICHELINI

**S I E M P R E
E L P U E B L O**

CENTRO URUGUAY INDEPENDIENTE



CENTRO URUGUAY INDEPENDIENTE

Gaboto 1282 - Tel: 49 80 93 - Montevideo

Impreso en Uruguay.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PRESENTACION

Ha sido y es preocupación del CUI desde su fundación el recuperar de nuestro pasado inmediato documentos y testimonios que tengan especial significación y relevancia en relación con las organizaciones populares y su peripecia. Es en este marco que ha estructurado un ambicioso plan de publicaciones —en el que se inscribe ésta— dirigido a reconstituir la memoria histórica de nuestras organizaciones populares y proyectarla en el presente.

Durante años archivos personales y de distintos grupos y organizaciones fueron saqueados o dispersados, documentos quemados o mutilados. . . De esta manera, se intentó romper la continuidad de una experiencia y aislar a las nuevas generaciones que fueron emergiendo, de la práctica de las generaciones anteriores, así como de la reflexión que sobre esa misma práctica fueron generando.

Es un desafío entonces, el ir recomponiendo ese precioso acervo popular, hoy disperso, y en parte irremediabilmente

perdido. Y seguramente una tarea colectiva, en la que tendrán un rol fundamental las organizaciones populares (sindicales, estudiantiles cooperativas, etc...). El CUI entiende que forma parte de este quehacer colectivo, y en él se inserta como institución, desde su perspectiva específica.

La que presentamos a continuación, es una recopilación de los diez artículos de Zelmar Michelini publicados en el semanario "Respuesta" en el transcurso del año 1973. Con la publicación de la misma, el Centro Uruguay Independiente ha querido realizar un homenaje a Zelmar Michelini, uno más si se quiere, pero con la profundidad, el cariño y el respeto que le debemos quienes hemos compartido con él un tramo —quizás corto— de su fecunda vida.

Hemos titulado este volumen "Siempre el pueblo", recogiendo una de las preocupaciones fundamentales que Michelini vuelca en estos artículos: la organización popular.

Los artículos aquí recogidos reflejan fielmente la "temperatura" política de ese año 1973. En la pluma audaz y comprometida de Michelini se reconoce al lúcido observador y al protagonista fundamental del acontecer nacional. En aquellos meses de 1973, en que "Respuesta" pudo salir a la calle, el tema militar irrumpe en la vida nacional sorprendiendo a muchos y confundiendo a otros. Michelini analiza la realidad desde la perspectiva del observador comprometido, sacando de ella conclusiones y lineamientos para la acción.

El resultado es entonces un documento insoslayable, un testimonio histórico con resonancias de actualidad, capaz de ilustrar a las generaciones actuales sobre una de las facetas menos conocidas de uno de los grandes protagonistas de nuestro tiempo, a la vez que iluminan un tramo de nuestra historia reciente, aún poco estudiado pese a que condiciona en forma determinante la realidad presente.

El volumen se completa con dos aportes de real interés: un agudo análisis de la escritora y periodista Mercedes Ramírez de Rosiello acerca de Michelini periodista, y un artículo de Héctor Rodríguez —entonces redactor responsable de Respuesta— sobre el semanario y la actividad de Michelini en él.

PROLOGO

En los 20 ejemplares que el semanario RESPUESTA pudo editar, —desgarrado por clausuras— entre abril y octubre de 1973, encontramos 10 artículos firmados por Zélmir Michelini. Los 7 primeros fueron escritos en Montevideo; los tres últimos, en Buenos Aires, donde se había trasladado para cumplir una tarea política encomendada por el Frente Amplio. Allí estaba cuando se produjo el golpe de estado del 27 de junio de 1973 y desde allí reanudó sus vínculos con el semanario mediante el cual se expresaba la “Corriente”, asociación de fuerzas frenteamplistas que integraban la Agrupación “Pregón-Julio César Grauert”, los Grupos de Acción Unificadora, el Movimiento de Acción Nacionalista, el Movimiento de Independientes “26 de Marzo”, el Movimiento por el Gobierno del Pueblo, el Movimiento Revolucionario Oriental, el Movimiento Socialista, la Unión Popular y otros grupos coordinados con la UP y el MAN en el Movimiento “Patria Grande”.

La presencia de Zelmar en el semanario desbordaba largamente el número de sus artículos, porque su brillante actuación parlamentaria alimentaba las páginas de información y sus iniciativas, en el consejo de redacción, orientaban el trabajo de otros redactores. Los artículos firmados, que aquí reproducimos, apuntan a problemas de principio, a evaluaciones coyunturales, relativos a la compleja situación que derivó de los sucesos de febrero de 1973, y a temas de organización en sus aspectos políticos y prácticos.

Ante la situación creada en febrero de 1973 Zelmar se ubica como un político de garra: busca influir sobre los protagonistas y derivar, de la compleja situación, ventajas para el movimiento popular; busca modificar en ese sentido -en favor del pueblo- la situación creada: las instituciones habían sido desconocidas, violadas y desacatadas por Pacheco Areco, con sus "medidas de seguridad" reiteradas contra decisiones de la Asamblea General Legislativa; habían sido envilecidas por Bordaberry, con sus elogios a la tortura como método procesal y con la ley de Seguridad del Estado, que votó una mayoría olvidada de sus deberes constitucionales.

En febrero de 1973 Zelmar no se ubica como un seguidor de los ocasionales portadores de la fuerza; ni como un testigo puritano, indiferente a los resultados del proceso. "Que el panorama no es claro y que no se avistan definiciones prontas, no es novedad que nos tenga que enseñar nadie", dice Zelmar. Y agrega más adelante: "la razón que determina nuestra conducta, es que ese desenlace quiebre definitivamente lo que ha sido, en América Latina, la característica más firme y clara de la opresión: la conmixtión de oligarquía y fuerzas armadas".

La conmixtión no se quebró: tanto como el propio Zelmar, el general Prats, chileno, y el general Torres, boliviano, pagaron con su vida los esfuerzos realizados para quebrarla.

En nuestro país y en otros países del continente, generales, coroneles y oficiales han pasado a las filas del pueblo, han seguido el ejemplo de otros militares como Luis Carlos Prestes (brasileño), Lázaro Cárdenas (mexicano), Rigoberto López Pérez (nicaragüense), Francisco Camaño Deno (dominicano) u

Omar Torrijos (panameño); pero la institución "fuerzas armadas" ha mantenido "la característica más firme y clara" que señaló Michelini.

La lucha continúa y en cuanto a sus resultados finales estos artículos de Zelmar Michelini afirman plena confianza e indican un claro camino: organizarse y definir un programa liberador. Después del 27 de junio de 1973, las páginas de "opinión" de RESPUESTA comenzaron a titularse de "opinión limitada", para marcar una protesta sorda y recordar a los lectores las trabas impuestas por el primer decreto de la dictadura. La lectura de estos artículos permite ubicar un pasado relativamente reciente, determinar tareas para el presente y fijar un claro rumbo al futuro. "Encender el futuro con unas pocas brasas", como —a propósito de Zelmar— dijo Mario Benedetti en mayo de 1976. Y nadie podrá decir mejor.

Héctor Rodríguez.

ZELMAR MICHELINI - PERIODISTA

La persona de Zelmár fue carismática y su carrera política, brillante. Es dentro de esas coordenadas que debemos ubicar la significación de su trabajo periodístico.

La preparación de su oficio político se fue haciendo en los patios del Centro de Estudiantes de Derecho, en la calle Colonia. Allí, él descolló en medio de una generación de jóvenes que más tarde habrían de ocupar sitios notorios —unos para bien, otros para mal— en el escenario público de nuestro país.

El ejercicio del gremialismo estudiantil, sus triunfos oratorios en asambleas que terminaban cuando se anunciaba la madrugada, la vehemencia de sus argumentaciones irrefutables, y su nobleza en la discrepancia, fueron adelantos de lo que habría de ser su trayectoria en el batllismo primero y en el Frente Amplio después.

Claro. . . , uno recuerda al parlamentario arrebatador, al amigo generoso, al contrincante leal y, sobre todo, uno recuerda a Michelini en su muerte signada por el martirio.

Es que Zelmur fue mucho en todo lo que fue y en todo lo que hizo. También la suya fue mucha muerte: quienes lo marcaron para morir, eligieron bien.

Estamos tratando de desmadejar el hilo de los recuerdos porque queremos llegar a una imagen de Michelini que va quedando atrás desdibujada por el impacto de su vida, tan fulgurante, y de su muerte, tan cargada de significación y consecuencias.

Estamos tratando de recordar a Michelini periodista porque periodista fue y como periodista ganó durante años su pan y el pan de su mujer y de sus hijos.

Siempre se falsea una personalidad cuando se pretende fragmentarla en perfiles o facetas según las diversas actividades que desplegara. Y esto es especialmente así en el caso de Michelini. No se puede, por de pronto, separar al hombre que hacía política del hombre que hacía periodismo.

Desde las páginas de los periódicos exponía los fundamentos, razones y argumentos que sustentaban su praxis política. Para él, el periodismo fue servicial de posturas partidarias, pero en ambos —política y periodismo— puso la misma calidad humana y la misma cualidad de pensamiento. La pasión militante y el rigor lógico se dieron juntos en su vida y sus escritos.

Releyendo los artículos es posible reconocer, a veces, una faena hecha con premura. No es que se adviertan trazas de incorrección en el estilo o de confusión en la exposición. Simplemente se adivina tras la economía del esquema conceptual —claro y didáctico— que el artículo fue escrito entre dos carreras, en el paréntesis de una jornada que como todas las suyas, fueron de vértigo y acoso.

La muerte fijó a Michelini en la cima de su juventud. Zelmur en sus últimos artículos de RESPUESTA, joven él mismo, escribe especialmente para los jóvenes, ejerciendo las prerrogativas de un magisterio que tenía bien ganado por su experiencia y al que los jóvenes lo habían destinado al escogerlo como líder.

Las horas que se avecinaban eran trágicas. Ya la sangre de los luchadores y los estudiantes había manchado las calles de Montevideo.

En su último discurso en el Palacio Peñarol, Michelini habló del ejemplo de los vietnamitas: subsistir, persistir, resistir. En los artículos de RESPUESTA desarrolla una y otra vez las estrategias de Le Duan, Ho Chi Min y Vo Nguyen Giap.

El tema de la organización del pueblo lo preocupa obsesivamente y en sus últimas tareas periodísticas la explica y aplica a la situación del momento.

Tal vez presentía la necesidad de su exilio y la posibilidad de su muerte y quiso legarle al pueblo el arma que le permitiría —tal como ocurrió—, subsistir, persistir, resistir.

Las condiciones históricas han cambiado con respecto a aquellos terribles días de 1973. Lamentablemente no han cambiado tanto como para que la relectura de los artículos periodísticos de Michelini no sea una tarea oportuna y más que útil, imprescindible.

Mercedes Ramírez de Rosiello.

SIEMPRE EL PUEBLO

26 de abril de 1973 (No. 1)

La irrupción de las fuerzas armadas en el escenario político nacional exige un análisis muy disciplinado y la existencia previa de puntos de vista muy firmes, de premisas que no permitan desvío alguno.

Para evaluar por consiguiente la situación, se hace necesario tener presente; 1) que no reconocemos —ni puede reconocerse— otro protagonista que el pueblo. El único y supremo actor es el pueblo organizado. De él la responsabilidad, toda la acción; la voluntad revolucionaria. Nadie puede sustituir su presencia; nadie puede invocar su representación; nadie puede realizar lo que sólo a él le está reservado. 2) No propiciamos ni admitimos aventuras, ni militares, ni de ninguna otra índole. No hay cancha libre para ninguna otra fuerza que la fuerza auténticamente popular. Integrados en ella, como parte dependiente de la gran masa, todos tienen cabida y a todos les corresponde papel importante.

Si esas dos premisas son válidas para siempre, en el caso concreto de la crisis de febrero conviene establecer que: 1) nada les debemos a los militares, porque nada les pedimos; 2) a nada estamos comprometidos con ellos porque nada hemos acordado; 3) nada les perdonamos, porque no tenemos derecho a olvidar ni silenciar el sufrimiento de miles y miles de compatriotas como consecuencia de las demasías, excesos y arbitrariedades de las fuerzas armadas.

En el cumplimiento estricto de esas premisas y en la ratificación constante de este planteo radica la fuerza de nuestra posición. Pensar sin temor y no tener miedo a enfrentar la realidad: he ahí la razón del triunfo en política.

¿En qué se debilita nuestra posición o qué clase de obligaciones contraemos con los militares por el hecho de que reconozcamos sus pasos positivos? ¿Nuestra devoción no es para con el pueblo y su lucha? ¿No es en su beneficio que debemos dar lo mejor de nosotros y favorecer, además, todo proceso que conduzca a su liberación? ¿Quién elimina de entre el pueblo aquello que no sirve o que no puede rendir resultados? Cuando, con tanto énfasis hablamos de concientizar, ¿es qué tenemos pensado que a los militares, por ejemplo, no se les puede ni debe concientizar? ¿Por definición —tamaño absurdo— partimos del concepto de que ellos conciben la patria de una manera distinta y opuesta al pueblo? ¿O, por el contrario, pensamos que forman parte del pueblo que ha de hacer la revolución?

La infinita serie de preguntas conduce a una sola respuesta. Es imprescindible, para lograr la liberación nacional, resolver de una vez y para siempre, la ecuación oligarquía —pueblo y soberanía— dependencia. Esta es tarea del pueblo, pero ¿las fuerzas armadas pueden ayudar, facilitar, para alcanzar esas soluciones definitivas? ¿Por qué no hacer todo lo posible —aprovechando las contingencias favorables— a fin de que no sean más el brazo armado de intereses políticos y económicos contrarios al interés nacional? ¿Y en qué medida no seguirán siéndolo si, no obstante la posibilidad de esas contingencias favorables, nuestra actitud es de franca e incomprensiva resistencia cuando no de terca y suicida pasividad?

Que el panorama no es claro y que no se avistan definiciones prontas, no es novedad que nos tenga que enseñar nadie. Y también, con muchos otros, podemos sostener que el desenlace puede recorrer muy distintos y encontrados caminos. Lo importante, la razón que determina nuestra conducta, es que ese desenlace quiebre definitivamente lo que ha sido, en América Latina, la característica más firme y clara de la opresión:



7 politicos dias



Michelinì en una caricatura de "Respuesta".

la conmixti3n de oligarquía y fuerzas armadas. Podrá no coronar el éxito ese esfuerzo, pero ya es de por sí muy importante el intentar alcanzarlo, máxime cuando en las propias fuerzas armadas un ministro es rechazado por haber servido intereses espúreos. No hay precedentes en tal sentido, ¿cómo entonces despreciarlos?

Démosle el valor que tiene, cómo a todo lo que se presente, sin precisar desde ya que todo ha de ser bueno. Mantenemos plenamente nuestra facultad crítica y nuestra total independencia de juicio.

EL QUE LAS HACE LAS PAGA

3 de mayo de 1973 (No. 3)

La crisis de febrero ha sacudido más que nunca la inestable situación política de nuestro país. Y ha trastocado, resquebrajado, tradicionales maneras de pensar y actuar. Es que un factor nuevo, distinto, totalmente desconocido para quienes tienen la obligación de pensar el problema ha irrumpido con ritmo de vértigo en el escenario nacional. Es que no había —¿hay hoy?— normas y medidas para juzgar y valorar su incidencia. Más aún; el desconocimiento de sus hombres y métodos impide prevenir acontecimientos o anticipar soluciones. Además se lucha con una arraigada convicción en muchos de que la presencia militar es imposible, negativa por definición. Sin contar con la cómoda postura de los que rechazan la influencia militar para evitarse el trabajo de discurrir sobre las nuevas situaciones. Por supuesto que rechazamos todo planteamiento esquemático y nos oponemos a que los dogmas resuelvan por sí solos el problema.

No ha de ser vano el camino recorrido por América Latina en estas últimas décadas para que se descarten de plano todas las variantes que puedan producirse. Con el mismo criterio esquemático, los militares en Perú o Torrez en Bolivia o Torrijos



El primer número de "Respuesta".

en Panamá tenían que haber sido desechados por su origen y antecedentes y sin embargo, el continente asiste, entre sorprendido y esperanzado, a una nueva mentalidad profundamente, americanista y antimperialista. Lo que no significa en modo alguno dar cancha libre a nadie ni prestigiar, respaldar, apoyar o facilitar aventuras de ninguna clase, incluida por supuesto la militar.

Reclamamos una actitud práctica, con la mira puesta en el país, sin abdicar en lo más mínimo de nuestros principios y convicciones, y sin olvidar en momento alguno ni la trayectoria, ni las culpas de nadie. Pero en el proceso que tarde o temprano —indefectiblemente— llevará a resolver la ecuación oligarquía-pueblo y soberanía-dependencia, es nuestra obligación sumar fuerzas, facilitando en todo lo posible el ingreso de todos aquellos que sientan como nosotros la exigencia de una patria libre, soberana, antimperialista, integrada en el contorno latinoamericano. No hay más fuerza que la fuerza popular, hemos sostenido reiteradamente, pero esa fuerza popular se nutre de todos los sectores y de todos los grupos, sin exclusiones y bajo la bandera común de la liberación nacional.

Es en este camino y por estas causas que nosotros, sin disminuir en lo más mínimo el marcar a fuego los desvíos, excesos y arbitrariedades de las fuerzar armadas, hemos sentido la necesidad de destacar ante la opinión lo que sentimos como pasos positivos, capaces de generar en el futuro movimientos de mayor envergadura. Y esta conducta no supone —lo repetiremos permanentemente—, ni compromisos con nadie ni obligación de que todo lo que venga sea bueno o aceptable. Los hechos se desencadenarán y nosotros los apreciaremos con juicio crítico insobornable.

¿Cómo, entonces, desconocer la importancia actual e histórica que contiene la decisión de expulsar a un ministro de Defensa que además —icasi nada!— no es un civil sino un general? ¿Es que puede ser un hecho baladí, sin trascendencia, que las fuerzas armadas del Uruguay se nieguen a servir bajo las órdenes de un militar a quien se acusa de obligar al ejército a ser en el pasado reciente el brazo armado de intereses económicos y políticos ajenos al interés nacional? Cuando se echa —pública

y ostentosamente— al ministro Francese, las fuerzas armadas vencen una parsimonia de décadas y terminan —a su riesgo— con teorías y doctrinas que le asignaban un papel meramente marginal. ¿Se olvida acaso quién era y qué había hecho el General Francese? Recordemos: Francese fue ministro de las medidas de seguridad, de la oligarquía, el hombre de confianza de Pacheco Areco. Primero como Ministro de Defensa y posteriormente como Ministro del Interior, legitimó, apuntaló y ejecutó las órdenes regresivas y atentatorias de aquel gobierno. La oposición —sindicatos, estudiantes, partidos políticos, parlamentarios, periodistas, diarios, pueblo en general— lo acusaron una y mil veces de ser un servidor de la reacción y transformar el ejército en el brazo armado de la oligarquía.

¿Tan reciente la vida pasada como para tener que señalarla? Pues bien, fue a este mismo Francese que la oposición pidió renuncia repetidas veces, como manera de sancionarlo, no sólo individualmente sino para castigar en su persona, lo más oscuro del régimen. No pasó mucho tiempo, apenas un año y poco de esos sucedidos y el país asiste a la expulsión de Francese, que quería ser y lo designaban nuevamente como Ministro de Defensa. Sus propios compañeros de armas lo rechazaron, reiterando el argumento sustancial que, en su oportunidad, había hecho la oposición. Y esto sucede, no en conciliábulo de capilla sino a la luz pública, con tanques en la calle y declaraciones tronituanes. ¿Es que este hecho tan significativo, tan relevante, puede silenciarse, tomarse como un episodio común, exento de ulterioridades? Por supuesto que no. Indica en las fuerzas armadas una toma de conciencia que merece aprobación, una madurez de juicio que no vacila en reconocer como propios los argumentos que ayer sostenían aparentes enemigos. En el pasar de los meses uno de los más preclaros representantes de un régimen nefasto para la orientalidad, recibe su justa sanción y ésta — ¡oh, ironía del destino!— le es proporcionada por los mismos soldados que él comandó, a quienes hizo sentir el oprobio de servir intereses económicos y políticos contrarios al interés nacional.

Lejos de ignorar el episodio, o de desconocer sus consecuencias, nosotros sentimos la obligación de golpear sobre él,

difundirlo, valorarlo, hacer sentir nuestra opinión afirmativa. Y no nos detenemos en consideraciones formales o meramente de protocolo. Este Francese que hoy paga en carne propia una irregularidad constitucional y siente en su pellejo y su nombre la desobediencia de los mandos, fue el mismo que con su voluntad, asentimiento o complicidad, prostituyó la constitución uruguaya y puso al servicio de las oscuras intenciones del régimen, el ejército de Artigas, creado para otras más loables tareas. Fue el mismo que sometió a sus compatriotas a persecuciones y vejámenes, cerró diarios, conculcó libertades, persiguió por ideas, enloqueció al país. Cuando se le echa con deshonra —circunstancia sin precedentes en la vida del país— nadie puede detenerse a considerar exclusivamente los aspectos formales del episodio. Aunque más no fuera por aquello tan viejo como la misma humanidad de que “el que la hace, la paga”. Sin contar lo que significa como expresión de la situación que viven las fuerzas armadas, el hecho de que unos devoren a los otros y que se señale que—delo particular derivamos a lo general— todo aquel que sirva intereses económicos y políticos contrarios a la nación deberá correr —correrá— la misma suerte que Francese.

No hay que tener temor de pensar y extraer conclusiones. La causa del pueblo es demasiado importante como para que no podamos señalar los claroscuros de la situación. Este es uno de ellos y si nuestra voz, inflexible, se levantó tantas veces para la denuncia de los apremios físicos y morales y cuestionar la conducta militar, bueno es que marque también cuando en la definición de una actitud, su posición concuerda con una exigencia mil veces repetida por las fuerzas populares. Francese no podía ni debía ser ministro nuevamente. Y no fue. El pueblo tenía que levantarse para resistirlo y echarlo. Las culpas siempre se pagan. ¿No interpretaron las fuerzas armadas —tantas veces anteriormente de espaldas a lo popular— ese sentir multitudinario, cuando decidieron resistirlo y mandarlo para su casa?

POR QUE LA AMNISTIA

10 de mayo de 1973 (No. 4)

El tema será siempre de actualidad, de previo y especial pronunciamiento. Porque no podrá haber país sin integración total de su pueblo. Y en estos momentos, el mal mayor que padece el Uruguay es la desintegración de su nacionalidad; desintegración que encuentra a un grupo muy grande de sus hijos marginados de todo proceso, perseguidos y acorralados. Más aún, el odio y la venganza que en muchos sectores aflora contra ellos perjudica toda posibilidad de recuperación. Odio de sectores no sensibles de nuestra nacionalidad y que sólo sirven y se sirven de la sociedad de la opresión. Sólo en el reencuentro de todos los orientales el país podrá superar sus dificultades y demás está decir que ese reencuentro también tiene que realizarse sobre bases muy claras de definición programática.

América Latina no ha estado ajena a esta alternativa de integración o caos. Otros países que sufrieron parecidas o similares tragedias, tuvieron también que recurrir al expediente imprescindible de la pacificación, por la vía del entendimiento y no del sometimiento. En los últimos 20 años han sido varias las sociedades latinoamericanas sacudidas por tragedias internas donde las sangre y el luto fueron distinciones que dominaron todo panorama. De ellas solo se salió con la proclama humana y sabia de “ni vencidos ni vencedores” y cuando así no sucedió —caso típico el bien cercano de Argentina— el drama se prolongó con consecuencias nefastas.

FUTURO COMPROMETIDO

Uruguay no puede escapar a esa suerte de ley no escrita y en la medida que retarde las soluciones de concordia o que algunos, cebados por el excitante néctar de la supuesta victoria, pretendan extremar las condiciones de la guerra, apresurando soluciones de exterminio, la nación no se recobrará más. Algunos gobernantes lúcidos saben esto, como que sienten que la tortura inhumana y cruel así como la “justicia” desorbitada han logrado éxitos en el campo de la acción pero también han indignado a muchos que nada tenían que ver con los acontecimientos de violencia. Y sobre todo, a nivel de juventud, de las nuevas generaciones, ha encendido al rojo vivo su capacidad de resistencia y reacción, comprometiendo al máximo el futuro del país.

Bien se sabe que éxitos así obtenidos son temporales y pasajeros; que el apresamiento o la muerte de los líderes no elimina las causas de la guerrilla y que para que ésta desaparezca se torna inevitable erradicar definitivamente las diferencias socio-económicas y los privilegios existentes así como la dependencia con el extranjero. Pero para poder encarar esa tarea se hace imprescindible el concurso de toda la orientalidad, como que gracias al esfuerzo y sacrificio de todos será posible la formación de un Uruguay nuevo y distinto y del hombre nuevo que Uruguay tanto como la humanidad reclaman para cumplir con su destino.

LA APELACION A LA VIOLENCIA

El tema de la amnistía ocupa así el primer plano de la vida nacional. Se hace imperioso abordarlo, analizarlo en toda su proyección como que no haya otro camino para lograr la integración y por ésta llegar a la paz, que permita, finalmente, soluciones definitivas para ese Uruguay mejor. Es a la amnistía que otros países han recurrido con resultados harto felices y aunque no queremos trasladar aquí los problemas y soluciones de otras tierras, siempre distintos, la verdad es que la comparación —aún reconociendo diferencias— se hace necesaria. Esta-

blezcamos entonces que no puede concebirse ningún desarrollo en paz y prosperidad sin disposiciones que posibiliten el reencuentro nacional, la integración a todo orden. Y esas disposiciones tendrán que estar signadas por un amplio espíritu de comprensión y por una notoria y manifiesta voluntad de generosidad. Incluso podría afirmarse que si no se contemplan estos extremos, los resultados pueden no conformar en la medida indispensable.

A los muchos argumentos que se han ofrecido como fundamento de esa amnistía se suma otro, inesperado, como que aparece en función de la crisis de febrero y como derivación del enfrentamiento político-militar. El ritmo de vértigo que ha tenido todo el trámite de la crisis y la sucesión continua de acontecimientos ha impedido muchas veces apreciar en su total magnitud lo sucedido. Tan es así que ha escapado a la percepción de muchos la extraña similitud de los hechos protagonizados por las fuerzas armadas con los que vivieron los integrantes de la guerrilla tupamara. Aquí también, los árboles no han dejado ver el bosque.

La existencia de un país en ruina, corrompido, detenido en su progreso, víctima de los explotadores de dentro y de fuera, sin porvenir, obligó a unos y a otros a buscar soluciones radicales. Los tupamaros, con ese sentido de urgencia que actualmente domina el mundo, utilizaron la violencia como único método que entendieron pertinente para producir los cambios indispensables. La crítica y sanción del camino elegido no involucra, necesariamente, el descarte de su intención y propósito.

¿Qué otra cosa sino recurrir a la violencia hicieron las fuerzas armadas el pasado 8 de febrero, cuando se negaron a aceptar a un ministro que "las retrotraería a la superada época de ser brazo armado de intereses económicos y políticos, de espaldas al cumplimiento de sus misiones específicas de seguridad nacional y a los intereses de la nación"? ¿Fue o no una medida de fuerza, destinada a obtener un determinado fin, la sacada de los tanques a la calle, el emplazamiento a las autoridades superiores la incautación de radios y canales de televisión, la negativa a obedecer al Presidente de la República, jefe

supremo de las fuerzas armadas? ¿Qué diferencia, en cuanto a la esencia misma del procedimiento empleado, con la situación que determinaron los integrantes de las guerrillas? Podrá decirse que en febrero no hubo derramamiento de sangre ni muerte que lamentar; pero no por decisión de los actores, cómo que el ejército en las calles y la marina atrincherada en su área, la ciudad prácticamente sitiada y las tropas acuarteladas hacían presumir acciones cruentas que sólo el destino evitó.

¿O se defenderá ahora que todo el aparato montado por las fuerzas armadas y sus invocaciones eran tan sólo hojarasca o decoración y no voluntad firme de proceder hasta las últimas consecuencias? Y en el calificativo de últimas están incluidas, por supuesto, la lucha y la muerte. Convengamos entonces que el saldo trágico no se produjo no por decisión de las fuerzas armadas, que descontamos estaban dispuestas a no precipitarlo, sino simplemente porque el evento culminó sin necesidad de medidas extremas. Pero, finalmente, recordemos —como lo señala el filósofo español José Luis Aranguren— que la violencia no está única y necesariamente en la forma, sino que depende de su intimidad, de la intención con que se realiza un acto. Los días de febrero fueron de extrema violencia, tanta como la que pudieron desencadenar los tupamaros con sus acciones y operativos en meses anteriores.

LOS ACTOS Y LAS INTENCIONES

Algunos sostienen que la diferencia de esos actos —y por supuesto que son en su mayoría oficiales los que así se pronuncian— radica en los móviles que los inspiran y que hace, que unos sean respetables y admirados y los otros, condenables. Esto sí que no puede admitirse. ¿Quién adquiere categoría de Dios para juzgar y meterse en el alma y en el corazón de la gente, discriminando voluntades y actitudes? ¿Quién se enfrenta a los hechos para distribuir justicia exclusivamente a los impulsos de sus sentimientos? ¿O se vuelve a la superada época —superada incluso por las propias fuerzas armadas— de los bien y mal nacidos, rótulo que, marcado por los gobernantes, pretendía establecer culpas y deslindar responsabilidades en fun-

ción exclusiva del subjetivismo de quien tenía el poder? En cuanto a los procedimientos concretos, tampoco caben distinciones, porque ellos valen y sirven en función exclusiva de la propia acción, del devenir inevitable de los propios acontecimientos. A unos podrá reprocharse el atentado innominado, la extensión del temor colectivo; a los otros la violación de un código muy estricto, que delimita derechos y obligaciones por servidores exclusivos de la patria.

No se advierten —objetivamente y en los trazos principales— diferencias en el proceder de unos y otros. Frente a un país en franco retroceso, moralmente destruido, acentuados vicios y defectos, unos y otros —la relación surge exclusivamente de los propios hechos que encaran— pensaron en remedios tajantes, violentos, volcánicos, como único medio de obtener su recuperación. El camino hacia el imprescindible progreso y hacia una dignidad nacional superior, no se recorría en la rutina y la costumbre del adormecimiento. Y si la violencia fue el medio común elegido —y en esto sí que no puede haber discrepancias ni reservas— también puede afirmarse que en los fines perseguidos y en las metas propuestas, la aproximación es notoria. ¿Por qué entonces tanta diferencia en el rigor de la ley?

Más allá de los calificativos que puedan alcanzar a quienes están en bandos distintos y han corrido tan desigual suerte, lo cierto, lo innegable, lo válido es que se reaccionó ante una realidad opresiva, que comprometía al país. Ni siquiera la diferencia de tiempo en la reacción —unos antes y otros después— permite establecer oposiciones francas.

Una única y fundamental diferencia se revela en el transcurso del proceso. Y tiene que ver con el desenlace. Mientras los tupamaros fueron derrotados, los militares vencieron en su enfrentamiento con los políticos del ejecutivo. Pero nadie duda, ni aún los propios jefes militares, que sus actos eran pasibles de sanción.

JUSTA AMNISTIA

¿Por qué no se les juzgó y condenó? Por una razón muy simple, que se inscribe en la práctica misma de la guerra y que es



Una de las obsesiones de Zelmar.

tan vieja y tan útil, como la historia misma de la vida: la ley la dictan los vencedores. Por motivo tan simple y claro es que los militares, al no ponerse en marcha los mecanismos de sanción, en los hechos se amnistiaron a si mismos. La condición de juez y parte, legitima toda acción militar. Al término de la crisis nada ha cambiado en el orden castrense. Ninguna limitación, se expresa en su vida profesional. La victoria suele ser —es— la gran dispensadora de favores.

En cárceles y cuarteles, otros esperan en cambio, que el pasar de los años, purgue errores y olvide derrotas. Pero el país no se recupera sin la amnistía. Hora es de reconstruir los valores nacionales, sin marginados ni proscriptos. Si el país aceptó la amnistía de febrero, el país entero tendrá que luchar por la amnistía total. Sólo así habrá patria y sólo así habrá orientalidad. Como que de no procederse de esta manera, la tragedia guerrillera, al mejor estilo de las leyendas griegas no tendrá nunca fin: renacerá siempre.

COSENA: NI TAPUJOS NI OSCURANTISMO

17 de mayo de 1973 (No. 5)

Cuando se reglamentó por el Poder Ejecutivo las actuaciones del Consejo de Seguridad Nacional (COSENA) sostuvimos que se cometía un gran error al establecer que sus sesiones fuesen secretas. Al disponerse así se quería rodear a ese organismo de una cierta pulcritud y una pretendida seriedad de la que, supuestamente, carecían los institutos que daban publicidad a sus resoluciones.

Además se conspiraba, abiertamente, contra el sentido democrático de la vida nacional; no puede concebirse que en pleno siglo XX ningún organismo sesione en el misterio haciendo del silencio una especie de muralla que preserva sus deliberaciones de la necesaria, imprescindible inquietud pública. Y que no podía haber nada peor que un pueblo ajeno —por decisión de los gobernantes— a lo que era y debía ser siempre la difusión de discusiones, argumentos y resoluciones.



La Amnistía: uno de sus temas.

Hoy, que el Cosena sesiona durante horas sin que nada se sepa, podemos afirmar que lamentablemente nuestras previsiones se han cumplido, en detrimento de la salud cívica del país y en perjuicio directo de las normas de buena administración. Más aún, a los males previsibles se han sumado otros, tan graves como aquellos.

La ola de rumores se extiende permanentemente, causando toda suerte de malas consecuencias, en las áreas que se sientan o crean afectadas por los problemas que supuestamente han aparecido los "changadores" de noticias, los que dicen estar vinculados o tener conocimiento con tal o cual personaje y, por consiguiente, poder expresar una opinión más o menos enterada sobre el trabajo del órgano secreto.

Toda clase de especulaciones, lógicas o no, se tramitan a continuación de los díceres del informante. Y sobre problemas, grupos y personas se entreteje una maraña de consideraciones que no hacen sino confundir aún más a la opinión.

Ya hay experiencia suficiente para rever el procedimiento. En este país nada puede hacerse a espaldas del pueblo que debe estar perfectamente informado. Debe volverse al sistema tradicional de actuar a la luz pública, sin tapujos ni oscurantismos. Y si no se cambia de actitud, habrá derecho a preguntarse ¿Por qué se quiere que el pueblo ignore de lo que se trata y de lo que se dice?

¿Es así, a puertas cerradas y bajo total hermetismo, que piensan que se puede gobernar? ¿A qué se teme?

LA DERROTA DE BORDABERRY

24 de mayo de 1973 (No. 6)

El pasado fin de semana mostró al gobierno en franca retirada. De sus arrestos prepotentes nada quedó. Por el contrario, el país entero tenía la sensación de que la escalada contra el Parlamento había sido detenida en virtud de la firme determinación de un grupo muy importante de senadores. El documento en que el Ejecutivo solicitaba el desafuero del senador Enrique Erro había sido destruido en el Senado y a eso se sumaron los discursos de los senadores Washington Beltrán y Mario Heber que, integrantes del acuerdo político que respalda al gobierno no vacilaron sin embargo en expresar su radical oposición al desafuero en trámite. Así mismo influyó la renuncia del ministro Balparda Blengio, amigo personal del presidente Bordaberry, quien se alejó del gabinete, desconforme con el giro que se imprimía a los acontecimientos. Pero no sólo estos factores jugaron en la crisis. También desempeñó papel importante la declaración de la lista 15 anunciando que si se desobedecía la decisión del Senado, iniciarían juicio político al

presidente Bordaberry, y las manifestaciones personales del general Ventura Rodríguez quién, enfáticamente, expresó que "no he sido, no soy y no seré partidario de ningún golpe de Estado".

Pero a este cúmulo de antecedentes —importante de por sí— asomó con fuerza incontenible la presión popular y el anunciado acto de masas del Frente Amplio, que se realizó en momentos que se barajaban por la Unión Nacional Reeleccionista, soluciones de distensión. Es a este punto que debe darse la importancia debida, porque indica la importancia que tiene una opinión pública verazmente informada. La atención del país se centró en los acontecimientos que se jugaban en el Senado y obligó a la radio y televisión a ofrecer, minuto a minuto, un resumen detallado de cuanto pasaba en el Senado: alternativas de la discusión; opiniones de los senadores, en fin, todo lo que tenía que ver con las principales alternativas del suceso. De tal modo que la opinión pública fue expresando su preocupación por los valores en juego y finalmente su más franco repudio a toda trampa que se quisiese hacer en el proceso. Lo que se reclamaba —se reclama— es un juego limpio.

El Poder Ejecutivo, en uso de sus facultades promovió el desafuero. Cumplió —mal que bien— las instancias correspondientes y dijo su palabra. El documento enviado al Parlamento refleja la posición de la justicia militar y el juicio que al Ejecutivo le merecía el asunto. En la órbita del Senado, correspondía también que éste se pronunciase en el ejercicio de su soberanía y en cumplimiento estricto de sus facultades. Había que estar —por reglas de moral política tanto como de observancia y respeto de la Constitución de la República— a lo que el Senado decidiese. Cuando se supo que no se obtenían los dos tercios exigidos por nuestra Constitución para allanar los fueros del senador Erro, el gobierno, tramposamente, comenzó a recorrer el oscuro y tortuoso camino de la intriga, de las amenazas, de los rumores malsanos. Así, el propio presidente comunicó a algunos de los senadores que lo frecuentan que a "Erro lo llevaban preso de cualquier manera, con votos o sin votos" como si el país hubiese vuelto a los, por suerte, superados días de la barbarie y el salvajismo, en que la vida y el honor y la libertad

de las personas, eran dones que nadie amparaba y que dependían del capricho del comisario o del mandamás de turno.

Ante esta embestida, el Senado estuvo a la altura de sus mejores jornadas. Nadie se amedrentó y las bancadas del Frente Amplio, Por la Patria, Movimiento de Rocha y los senadores Beltrán y Heber se pronunciaron categóricamente en contra del documento de desafuero, con prescindencia total del ruido de sables que arteramente Bordaberry hacía sentir con sus visitas a cuarteles y regiones militares.

Sin hacer caso a exigencias de tiempo y plazos, no atendiendo más que al cumplimiento de su deber y a la mejor resolución del delicado tema en discusión, el Senado siguió estudiando el tema, convencidos la mayoría de sus integrantes de que sólo una actitud de total firmeza, impediría el desborde del presidente Bordaberry y de los militares que pudiesen estar dispuestos a obedecer sus desvaríos.

El Senado no tiene más fuerza que su predicamento moral, el buen juicio de sus resoluciones, su contracción al trabajo, la responsabilidad de su accionar, el cumplimiento estricto de las normas constitucionales. Puede parecer poco; pero seguramente es mucho más que la sinrazón de las armas que se quieren emplear contra el pueblo. Pero es imprescindible que el Senado esté dispuesto a hacer sentir esos atributos morales, jugándose realmente en la defensa de sus fueros. Sólo así, se erradica para siempre la arbitrariedad y la prepotencia desencadenada.

Es mucho lo que queda por hacer. Encarar decididamente la integración nacional, la ley de amnistía, el imperio de las libertades y las reformas económicas, sociales y políticas que el país reclama y que el pueblo aguarda siempre con fe. La seguridad de que el hombre uruguayo ha de ser libre política y económicamente. Libertad con pan y sin dependencia con el exterior. Pero ese mucho que queda por hacer se hubiera visto más comprometido con un Bordaberry vencedor, arrasando fueros y derechos.

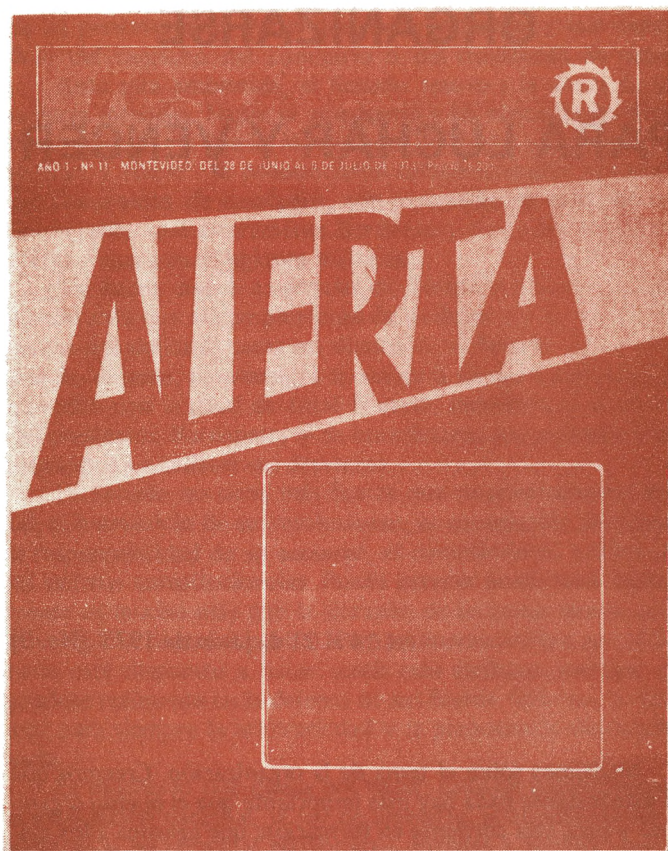
Su retirada puede ser síntoma de mejores tiempos. Emplearemos nuestras fuerzas, que son las del auténtico pueblo, para que así sea.

ORGANIZARSE PARA LUCHAR Y VENCER

del 14 al 21 de junio de 1973 (No. 9)

Insistimos sobre el tema de la organización. Creemos que en este instante nada hay más importante que el pueblo organizado y para esta corriente en formación, que aglutina a los movimientos que dentro del Frente Amplio tienen puntos de contacto concretos, similitud en la concepción táctica y línea estratégica común, la organización constituye punto central. La juventud suele detenerse poco en este tema y no obstante representar el porcentaje más alto de la militancia no comprende, generalmente, el alto sentido afirmativo de una militancia organizada.

Son las masas populares las que siempre constituyen la historia. A través del tiempo, más allá de toda civilización y toda



Alerta. Un número clave.

raza, pasando por encima de los naturales e imprescindibles fenómenos, geográficos y de carácter humano, son las grandes masas las que influyen, las que producen los cambios, las que hacen el mundo. Pero esas masas valdrán en cuanto estén organizadas, en cuanto aprecien y valoren al significado de esa organización.

Si de lo que se trata es de combatir el enemigo —de clase, de tiempo, de época, de fines— debe de hacerse de manera resuelta, ininterrumpida, en todos los planos, con todas las fuerzas, en todas las formas posibles de movilizaciones, tácticas y operaciones. En todos los terrenos, en todo lugar y momento. Y que conste que no estamos hablando de la lucha armada, como que una revolución no necesita necesariamente de la violencia para llevarse a cabo ni tampoco la lucha que se entabla supone la obligatoriedad de librarse por las armas.

La organización obliga al acoso planificado; sabe aprovechar nuestras aristas más fuertes, descubriendo los puntos más débiles del enemigo; determina la disciplina imprescindible; establece el planteamiento y la discusión de los métodos de lucha. Sólo con fuerzas populares organizadas puede librarse en esta época la batalla por la imposición de nuestras ideas. Nuestra habilidad y nuestra destreza consiste en movilizar y disponer a todo el pueblo; en hacerlo participar con efectividad; en dotarlo de las mejores condiciones, primero para obtener el triunfo y luego para gozar de él.

En esta organización ningún lugar es inferior ni ninguna tarea despreciable. Como en la guerra; sólo una perfecta sincronización, donde el valor humano ocupa lugar preponderante, cada movimiento tiene su sentido y cada esfuerzo su recompensa.

Desde el pegatinero anónimo que distribuye un volante hasta el esforzado militante que recorre kilómetros para transmitir una convocatoria, pasando naturalmente por el redactor de las consignas y el dirigente que lleva sobre sí la responsabilidad de la conducción, todos son decisivos; la lucha reposa en el sacrificio de todos, la victoria se obtiene en la entrega de todos.

Meter dentro del alma y el corazón de la gente, estas directivas; imponer como premisa ineludible la de acentuar y per-

feccionar la organización; recordar que nadie es más que nadie en la lucha y acentuar el sentido masivo de todo combate, son en última instancia los factores de triunfo que conducen al poder. Quien así no lo entienda no será un revolucionario; podrá participar del combate pero éste resbalará sobre él; en cambio quien se sienta parte integrante del todo, comprendiendo el papel fundamental que juegan las masas populares, pero sepa al mismo tiempo que su labor es vital para el buen funcionamiento de esa masa, será en los hechos agente decisivo de los movimientos populares.

Y tan valioso como organizarse es comprender el sentido de la organización, su alcance, la trascendencia de la misma.

El vencedor de Dien Bien Phu, el Gral. Vo Nguyen Giap que ciertamente es uno de los estrategas del siglo, sostenía que además del ánimo con que se encara la batalla, era imprescindible la organización de las fuerzas; organización que luego trasladaba a todos los otros elementos de la lucha. Sólo así, escribiría después de uno de sus grandes triunfos, puede oponerse “el débil al fuerte”; “vencer a un gran número con un pequeño número”, “ganar grandes batallas con pequeñas armas”; “derrotar con el pueblo a los imperialismos”.

No pretendemos comparar ni países ni hombres, ni situaciones; sabedores somos de las diferencias sustanciales que existen entre Vietnam y nosotros, pero también conocemos que el ritmo de la lucha —sea en Vietnam tanto como en Uruguay— es siempre la condición del agotamiento. Y la cita de Vietnam no sólo reconforta y estimula; es ejemplo a perpetuar más allá de diferencias y de reservas.

La organización es obra del pueblo. Consiste siempre en saber y poder desempeñar cualquier tarea; superar cualquier dificultad; estar pronto a cualquier sacrificio; ocupar cualquier cargo aceptando la responsabilidad que él supone y las normas de disciplina que lo condicionan; estar dispuesto a reconocer al enemigo esté donde esté, a enfrentarlo, vencerlo, saber qué hacer con la victoria.

La victoria ha de ser de todos; para eso es necesario que la lucha sea de todos. Debe darla el pueblo. El pueblo organizado.

LA LLAVE DEL EXITO

20 al 28 de Junio de 1973 (No. 10)

No alcanza con tener razón y poseer la verdad. Es necesario demostrarla y tener fuerza suficiente para imponer esa razón y esa verdad. Para ello es imprescindible organizarse y resolver convenientemente la utilización de esa fuerza organizada.

El tema es siempre importante y sobre él hay que insistir. En este época se ha manejado reiteradamente el concepto de las llamadas mayorías silenciosas. Comenzó Richard Nixon en Estados Unidos al abordar el asunto de la guerra de Vietnam. Invocó en su respaldo a todos aquéllos que no se pronunciaban y sostuvo —peregrina tesis que luego repitieron en muchas partes del mundo los sin esperanza ni razón como él— que la inmensa mayoría del pueblo no necesitaba hacer ostentación de su pensamiento ni de su posición, que sólo se manifestaban los que eran contrarios a las medidas que tomaba el gobierno. En Uruguay, por órganos de prensa adictos al régimen se ha querido repetir el esquema, pretendiendo de este modo restar importancia y trascendencia a quienes hacen expresa mención de su posición contraria a la conducta del gobierno. Los que en quieta espera y en silencio no se hacen presentes en la condena —se agrega— lo están respaldando.

Pues bien, no puede dejarse prosperar esa tesis. Por el contrario corresponde ratificar que sólo sirve y debe tenerse en cuenta la militancia y mucho más cuando esa militancia se basa en la organización. Lo demás es apatía, desinterés, comodidad, retracción, desconsideración. El silencio de las supuestas mayorías es el “dejar hacer y dejar pasar” de los instantes previos a la revolución francesa; la militancia es la pasión llevada a la ac-

tividad, es la voluntad expresa de adentrarse en los problemas, vivirlos, manejarlos, cabalgarlos. Por eso es que hemos sostenido con tenacidad y —aún a riesgo de ser cargosos— que el voto, siendo importante, no lo es todo y que mucho más, vale la presencia permanente de un pueblo organizado dando opinión sobre todos los problemas del país. Apoyando, negando, aplaudiendo, repudiando. La democracia no es el voto ocasional ni las elecciones cada tanto tiempo. Es, por el contrario, la vivencia diaria, en todos los minutos de los problemas nacionales. Quien se interesa, gravita y decide. Quien permanece ausente, sin vivir la temática de la colectividad, y sólo se refugia en su “status”, creyendo que con su concurrencia a las urnas cada cinco años, cumple con su función cívica, está completamente equivocado. No vive en democracia; contribuye tan sólo a su parodia.

La indiferencia es la antítesis de la toma de conciencia. Aquella es la que lleva a la supuesta mayoría silenciosa, marginada voluntariamente del drama nacional. Esta, por el contrario, es la que obliga a la pelea, a la actitud resuelta, a la militancia. Y la militancia, recuérdese bien, sobre todo por la juventud, es el arma principal de todo ser en la sociedad que vive.

Si es cierto —y lo es— que las masas populares hacen siempre la historia —principio marxista-leninista ya aceptado por todas las filosofías— es necesario organizarlas de tal modo que puedan cumplir fehacientemente su destino. Y la organización, paso inmediato de la militancia individual y masiva, supone poner en manos de las masas populares, el arma que les de la victoria.

Ni la revolución se hace necesariamente con violencia ni los cambios sociales y de estructura, de fondo, reclaman siempre la lucha armada como medio de rubricar el éxito. Otros caminos conducen también a transformaciones radicales, que implica siempre toda revolución. Y las armas para obtenerlas no siempre son la ametralladora mortífera, ni la bondad destructora.

Vo Nguyen Giap, —ya citado por nosotros— el vencedor de Dien Bien Phu, uno de los grandes vietnamitas, ha sintetizado en sus libros toda la teoría que, en la práctica, condujo a la

victoria vietnamita sobre el ejército de la nación militarmente más poderosa del mundo. Y en uno de ellos, relaciona el hombre con el arma, desde un punto de vista estrictamente castrense y militar. Los conceptos que aplica pueden ser extendidos a otras armas entre las cuales la organización encaja perfectamente. Y habla del espíritu combativo, así como del aprovechamiento al máximo de los adelantos de la ciencia y de la técnica, adelantos que no se reducen sólo al campo de la lucha armada, sino al de la concientización de masas, la propaganda, la publicidad, la difusión de las ideas, la valoración correcta de los problemas.

El frente de masas —camino elegido por el Frente Amplio, por la "Corriente"— es el arma de las grandes multitudes y en ese frente caben tanto el ama de casa que protesta por la incesante carestía de la vida como el estudiante que lucha contra el Conae; el pequeño comerciante o productor o industrial que se queja de la restricción de créditos o del favoritismo del gobierno y del estado para con los grandes capitales, como el trabajador que queda sin ocupación o no le alcanza su salario, o el jubilado que lucha contra la miseria que lo ahoga, o el familiar del preso político que resiste la represión. Pero claro está, a ese frente de masas hay que organizarlo, hacerle sentir el significado de su presencia, darle espíritu combativo, enseñarle a reconocer el enemigo esté donde esté —en sus múltiples y variadas formas ocultas y disimuladas—, a enfrentarlo, a vencerlo y a saber qué hacer cuando llega la victoria.

El camino que recorrió Vo Nguyen Giap con su pueblo es mucho menos azaroso y difícil que el que tiene que recorrer el nuestro. Pero no podrá obtenerse esa victoria si no hay una organización potente, fuerte, sincronizada. A la pretendida mayoría silenciosa, el frente de masas organizado. En el barrio, en el trabajo, en los centros estudiantiles, en el campo, en las fábricas, en los comités de base. Un fanatismo lógico, irrenunciable, por la militancia, pero la militancia organizada que supone inteligencia, disciplina, cohesión, adecuación del esfuerzo al fin propuesto. Esta es la llave del éxito, la que conduce al poder popular.

ORGANIZARSE

PARA VENCER

2 al 9 de Agosto de 1973 (No. 15)

Siempre se insistirá poco sobre la importancia de organizarse. En todo movimiento político, gremial, popular, la organización constituye factor de triunfo que no puede desdeñarse. Sabemos que la juventud —apasionada, frenética, imbuída de santa intención— suele otorgar poca importancia a este tema creyendo que con derroche de energías, convicción y espíritu de sacrificio suple el déficit de organización. Nada más erróneo. Precisamente esos otros factores aumentan considerablemente su valor cuando están acompañados de una correcta organización.

No alcanza con tener razón y poseer la verdad. Es necesario poder demostrarla e imponerla y para ello todos los esfuer-

zos deben estar sincronizados y tendientes a un fin previamente establecido. Porque la organización supone, previamente, la discusión de toda una estrategia, la planificación de los medios la concertación de los fines. Pero obliga además a una metodología para pensar y facilita una disciplina que cada día se hace más y más imprescindible.

Los vietnamitas —Le Duan, Ho Chi Min, Vo Nguyen Giap— que tanto han escrito sobre el tema y que han protagonizado en los hechos páginas de gloria —derrotaron sucesivamente a japoneses, franceses, norteamericanos— insisten permanentemente en la necesidad de una perfecta organización. El pueblo, sostienen, no puede derrochar energías ni arriesgar planes y hombres. Cada esfuerzo, cada plan, cada hombre, supone un capital imponderable como que es el resultado de una contribución popular a la lucha por un ideal superior. Y agregan que si otros tienen armas mortíferas y de gran potencia —la referencia al invasor estadounidense es obvia pero del ejemplo puede trasladarse a otras partes del mundo y otras situaciones— el pueblo tiene un arma superior que es su capacidad de organizarse. Y concluyen afirmando que nadie puede vencer a un pueblo organizado cuando actúa con voluntad de vencer y está convencido de su razón.

La organización supone, principalmente, la posibilidad de una correcta y veraz información. Cuando se cierran los canales de divulgación de noticias y sólo hay oportunidad de conocer la voz oficial —siempre interesada, distorsionante, temerosa de la realidad—, una buena organización de base, permite denunciar todas las mentiras y suplirlas de inmediato con la verdad verdadera, de tal modo que el pueblo sepa a que atenerse. Y la distribución de trabajos, permitiendo el mejor aprovechamiento de los recursos populares, así como el verdadero discernimiento de responsabilidades y la capacidad de ordenar sobre la marcha las distintas obras donde hay que volcar todas las energías, son también consecuencias de la organización.

Horas difíciles exigen respuestas inmediatas, potentes, vigorosas. Sólo la organización es capaz de proporcionarlas. A todo nivel, la voluntad de organizarse siempre será un mejor y más lúcido aprovechamiento de los recursos populares. Tener-

lo presente y no vacilar en entregarse de lleno a esa tarea. Un compromiso en tal sentido acerca del triunfo al alcance de las manos. Y además obra con sentido psicológico. Cuando el enemigo observa que se las tiene que ver con el pueblo organizado y no con masas improvisadoras, comienza a preocuparse.

Muchas veces —¿siempre?— quienes basados en la fuerza y en la impunidad de sus procedimientos arbitrarios, pegan a las mujeres, o torturan a los detenidos o maltratan a los prisioneros, tiemblan ante el pueblo organizado. Desde este punto de vista, también la organización ofrece innumerables ventajas. Tarea tan noble, no tiene principio ni fin. Comienza ya, ahora mismo.

Y a cada minuto. Y no termina nunca, como que en el mismo instante de la victoria, cuando el pueblo llega al poder, ahí comienza la organización para asegurar la victoria y hacer la sociedad feliz.

LOS PUEBLOS SIEMPRE TRIUNFAN

9 al 16 de Agosto de 1973 (No. 16)

Si bien el hombre es factor decisivo en toda acción y todo el empeño es por mejorar sus condiciones de vida y darle en la sociedad, el lugar que le corresponde, la verdad es que en la lucha las rebeldías individuales no cuentan y lo que gravita y decide es la organización. Es el pueblo y el pueblo organizado el que finalmente conduce los destinos nacionales.

Pero para que la organización sea realmente efectiva, debe saberse a ciencia cierta quién es el enemigo, el verdadero enemigo. En toda lucha popular, por reivindicaciones, por salarios, por mejor standar de vida, por la vigencia de las libertades, por la imposición de la dignidad humana, es imprescindible saber dónde está el enemigo y no dejarse engañar por los falsos planteos. En este sentido la humanidad no ha valorado con justeza lo que ha significado la epopeya heroica de los vietnamitas. No se ha difundido cabalmente los términos de su sacrificada historia; y la literatura, donde sus principales jefes han explicado las particularidades de su accionar, no ha llegado a las grandes masas.

Quienes supieron vencer a los grandes imperios —Japón, Francia, Estados Unidos— tenían muy claros los lineamientos de su lucha. Y aunque sería torpe empresa creer que las condiciones que se daban en Vietnam y que alcanzaban a su pueblo, puedan trasladarse a otros pueblos y a otras tierras, lo cierto también es que algunos de los principios que determinaron su conducta pueden muy bien soportar, sin deterioro ni debilitamiento, su enseñanza a los pueblos y los hombres de otras áreas.

Y ellos no sólo destacan el valor inmenso de la organización sino que exigen como uno de los atributos indispensables para todo buen planteamiento, el determinar con claridad cuál es el enemigo, desenmascararlo, precisarlo. Porque hay quienes muchas veces, siendo los verdaderos responsables de la desgracia popular no se animan o no quieren dar la cara y presentan a otros, habilidosamente, como los culpables de la situación. Por eso es tarea imprescindible, el conocer al enemigo, definir sus características, señalarlo, mostrárselo al pueblo para que no se deje confundir. Y sobre todo, tan importante como todo eso, para que no pretenda salir de la emergencia con impunidad, tras indicar a otros como los responsables.

Pero si vital es señalar adecuadamente al enemigo, también lo es precisar los objetivos de la lucha. Para todo militante es cuestión de principios no perder nunca de vista el objetivo final, tanto en sus decisiones políticas comunes como en la lucha, bajo cualquier forma y cualesquiera sean las condiciones. Considerar la lucha por mejoras cotidianas, por objetivos inmediatos, sacrificar el porvenir de la idealidad por la ventaja del presente, no conduce a nada, es una pérdida de perspectiva. O bien es una expresión del peor de los oportunismos o, si se procede de buena fe, es la consecuencia de un apresuramiento infeliz. De lo que se trata es de actuar de un modo sensato, paso a paso, teniendo presente que el logro del objetivo final, debe pasar necesariamente por numerosas etapas de una lucha extremadamente ardua; compleja, llena de rodeos, a fin de eliminar uno tras otro los obstáculos, modificar paulatinamente la relación de fuerzas y llegar a crear en definitiva una situación de superioridad, que termine con los enemigos del pueblo. Y a és-

tos no hay que subestimarlos, sobre todo cuando mantienen una disciplina, ciega y férrea, que si bien no los hace aptos para lograr la felicidad popular, en cambio les da condiciones excelentes para el combate. A esa disciplina será necesario oponer la propia disciplina, derivada de una organización adecuada, de un conocimiento cabal de quién es y dónde está el enemigo y de la fijación del objetivo final y de la firme voluntad de alcanzarlo.

A enfrentar la lucha con fe, sabedores de que los pueblos siempre triunfan y liquidan a quienes quieren sojuzgarlos. No recuerdo quien dijo —pero seguramente fue uno de los grandes de la historia— que es un error vivir en función de victorias o derrotas parciales, pretendiendo extraer resultados y juzgarlos, en función de acciones determinadas. Hay una sola victoria y una sola derrota, expresó, y ella se da en el tiempo y al final. Por eso tengamos fe, pues la victoria es siempre de las masas populares. Nuestra, por consiguiente, que somos pueblo. Este también ha sido uno de los ejemplos que el pueblo vietnamita, con su sacrificio, entregó al mundo de ayer y de hoy.

EL DERECHO

DE LOS PUEBLOS

18 al 25 de Octubre de 1973 (No. 18)

Los medios y procedimientos de lucha no son únicos ni están congelados. Tampoco son universales, es decir, lo que es bueno en un país o una región, puede no ser efectivo en otros lugares. Depende también de circunstancias y razones que no siempre son iguales o se dan en las mismas condiciones. Pero el pueblo debe saber que en la lucha por su supervivencia ningún medio le puede estar ajeno o vedado, cuando se trata de su libertad, de su dignidad, de su propia razón de ser. Más aún, podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que en infinidad de casos los medios de lucha están fijados o establecidos por el propio enemigo, de tal modo que los elementos que éste disponga para obtener sus objetivos estarán produciendo una reacción similar en las fuerzas populares, las cuales legítimamente tienen opción para utilizar los mismos elementos que se emplean en su contra.

Por ejemplo, y los hechos vienen del fondo de la historia, un régimen que pretenda imponer a la población medidas o disposiciones por medios no establecidos en la ley, estará determinando de inmediato que pueda responderse en la misma forma. Es tan viejo como la propia humanidad aquello de predicar con el ejemplo y más obligaciones se tienen cuanto mayor es la responsabilidad. Es el gobierno el que debe, por consiguiente, respetar y sólo respetando, se hará respetar. Quien emplee la fuerza para obligar al pueblo a hacer determinadas cosas o quitarle derechos y prerrogativas que le pertenecen, estará impulsando una contestación acorde o similar a la técnica empleada. Quien se basa en la violencia, en la persecución, en la censura, en la restricción, no puede pretender que el pueblo, las multitudes siempre primarias, siempre espontáneas y siempre sabias, se reduzcan a una actitud pasiva, de entrega, meros espectadores de acontecimientos que las afectan directamente. Por el contrario, la historia enseña —y ha demostrado hasta el hartazgo que su escuela es excelente— que el pueblo suele tomar ejemplo de esa conducta y responde en la misma forma. Es la violencia de arriba la que desata la violencia de abajo y violencia no es sólo la que se establece por las armas.

Hay violencia en la pobreza, en el analfabetismo, en la miseria, en la enfermedad, en la desocupación. Un pueblo sojuzgado no lo es únicamente cuando se le impide manifestarse públicamente o cuando se persigue a sus líderes o se encarcela a sus militantes. Lo es también mediante medidas económicas, restrictivas o clasistas, mediante la reducción de salarios, la inflación que afecta sus ingresos, una política de previsión insuficiente, las carencias sanitarias, la dependencia con el extranjero. Y el pueblo reacciona utilizando los mismos medios con que se le pretende reducir. Y para basar legalmente su acción no tiene más que recurrir al derecho natural, el padre de todos los derechos.

¿Quién puede invocar autoridad para decretar su pública infelicidad? ¿Y qué gobierno o régimen, persona o clase de la índole que sea, puede invocar autoridad para imponerle al pueblo lo que éste no quiere ni admite? Está en el derecho natural la rebeldía a oponerse al opresor, al que conculca dere-

chos, al que cercena libertades. El enfrentamiento no nace porque sí, está en la esencia de los hechos. Por eso decimos que los medios o procedimientos de lucha muchas veces los fija el enemigo; es éste, con su arbitrariedad y su prepotencia, el que indica las formas del combate y marca la respuesta.

Si importante es organizarse, saber quién es y dónde está el enemigo y desenmascararlo, así como no perder nunca de vista el objetivo final, también lo es el conocer los medios y recursos para la lucha sabiendo de antemano que en el largo y áspero camino de la liberación nacional, el pueblo dispone, como nadie, del derecho de decretar las condiciones.

INDICE

	Págs.
Presentación.	5
Prólogo	7
Zelmar Michelini, Periodista	11
Siempre el pueblo	15
El que las hace las paga.	19
Por qué la amnistía	24
Cosena: ni tapujos ni oscurantismos	31
La derrota de Bordaberry	34
Organizarse para luchar y vencer.	37
La llave del éxito.	41
Organizarse para vencer	44
Los pueblos siempre triunfan.	47
El derecho de los pueblos	50

**Se terminó de imprimir en Gega,
Durazo 1528, Montevideo, Uruguay,
en abril de 1987
Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349
(Comisión del Papel) D.L. 222.363**



SIEMPRE EL PUEBLO

DOCUMENTO POLITICO No. 1